

I

Safed, 1563. Invierno (año 5323 del calendario judío)

1. וַוֵּ הֵּ Vav He Vav: **el Dios que viaja en el pasado, el presente y el futuro**

Intentaba convencerse a sí mismo de que no había sido un asesinato, sino un accidente. Un lamentable accidente. Fue su padre quien había sacado todo de quicio, no él. Él no se metía con su obsesiva devoción por la Torá. ¿Y por qué no le permitía estudiar alquimia?

Resultaba evidente que la alquimia describía los secretos de la vida con mucha mayor concreción que la Torá. La alquimia suministraba fórmulas, recetas e instrucciones, era una ciencia práctica que podía verificarse empíricamente.

No ocurría lo mismo con la Torá de su padre. Allí lo único seguro era que no había nada seguro. No existía consenso alguno sobre el menor de los versículos que aparecían en los cinco libros de Moisés que conformaban el Pentateuco. Los rabinos, en sus interminables discusiones, se habían pasado siglos enteros escribiendo comentario tras comentario sobre lo que en verdad quería decir la Biblia. No había manera de comprobar el grado que habías alcanzado en tu evolución como hombre. Probablemente por ello, todo el mundo intentaba aventajar al prójimo escribiendo los libros más gordos con las interpretaciones más peregrinas. Su padre también se había lanzado con devoción a esa tradición secular y se vanagloriaba del reconocimiento y el prestigio que le habían reportado sus libros.

Pero para Jaím eso no bastaba, él quería respuestas concretas, quería saber cómo funcionaba la vida, cuál era el sentido de la exis-

tencia, si había vida después de la muerte, si la vida era arbitraria, si era posible someter la vida a la voluntad propia y, sobre todo: si Dios existía, quién era entonces. Si Dios existía, quería mantener una relación genuina con él, de hombre a hombre. ¿No había sido creado a su imagen y semejanza? Pues bien, que se mostrara y no se ocultara en los impenetrables versículos bíblicos que dejaban lugar a tantas interpretaciones. Quería que Dios le viera como su igual.

¿No era su padre quien buscaba una y otra vez la confrontación, quien no cejaba en su empeño de llevarle de regreso a la Torá, tan latoso como un perrillo tirando de la pernera del pantalón? ¡Cuántas veces no le habría explicado ya Jaím que no había nada que hacer! En los tres años que llevaba estudiando alquimia, había vislumbrado más respuestas que en todos los años que, obediente, había asistido a las clases de Torá.

¿Qué podía importarle que toda la ciudad lamentara que hubiera dejado el sendero de la Torá? Safed era un pueblo a este respecto. La gente no te quitaba ojo y, ante todo, intentaba no salirse de la norma para no perder así su tan codiciado lugar dentro de la comunidad, porque también existía una dependencia comercial mutua, los unos compraban en las tiendas de los otros, trabajaban juntos, se intercambiaban contactos, y por eso compartían la misma religión, los mismos rituales y las mismas sinagogas.

Pero Jaím optó por seguir su propio camino, yendo contra corriente. Entabló amistad con los musulmanes allí donde los demás judíos sólo procuraban mantener un contacto lo más austero posible. Un amigo árabe le había dejado un libro sobre alquimia y ese libro le había cambiado la vida. Las ideas y las promesas del libro empezaron a rondarle por la cabeza. El día en que fuera capaz de crear oro, su naturaleza humana adoptaría también las propiedades del oro, sería inmortal, llegaría a poseer sabiduría y riqueza absolutas, y alcanzaría la perfección del alma.

Cuanto más tajante era la recriminación del padre por su comportamiento de hereje al dedicarse a esas prácticas diabólicas, tanto más firme era su resolución en el empeño de conseguir resultados, hasta llegar a convertirse en una carrera entre ambos. Cualquier día le sorprendería con sus ideas y resultados, le demostraría que la Torá

era un callejón sin salida y que en la alquimia se encontraban las respuestas verdaderas. Llevaba una meticulosa relación de sus experimentos, soñaba con escribir la obra alquímica definitiva que sirviera de manual para la humanidad y callara todas las bocas que alababan sin cesar los voluminosos libros de su padre. La alquimia convertiría la Torá en algo superfluo. «Una manera de pensar anticuada y primitiva –dirían de la Torá–. Algo simpático, pero ingenuo, muy ingenuo.»

Su padre se enfurecía al oírle hablar sobre la Torá y el judaísmo de esa manera, le resultaba insoportable que su hijo renegara así de sus raíces, que repudiara todo aquello por lo que él vivía y en lo que creía.

El padre de Jaím confiaba en que este paseo por las colinas que rodeaban Safed le acercaría más a su hijo, quizá se acordara de los paseos que habían dado cuando tan sólo era niño, cuando aún tenía por sagrada la palabra de su padre, quizá recordara cómo le había inculcado el respeto por la naturaleza, por la perfección de la Creación en la que Dios previó todo lo que el hombre necesitaría, cómo todo encajaba manteniendo un equilibrio, pero parecía como si todas sus palabras de entonces hubieran caído en saco roto, no había ningún recuerdo con el que pudiera abrir una brecha en los muros levantados por Jaím. Su única respuesta era una sonrisa despectiva.

Cuando empezó a nevar con intensidad, encontraron cobijo en la gruta donde, según contaba la leyenda, el famoso cabalista Shimon Bar-Yojai se había escondido durante trece años de los romanos que le habían condenado a muerte. El amparo de la gruta parecía haber templado de momento la frialdad entre padre e hijo. El padre llegó a pensar incluso que, cuando se explayaba en su admiración por la cábala, su hijo se hacía más accesible. Después de todo, a Jaím le atraía lo místico. Si ya no se sentía fascinado por el texto de la Torá, quizá el estudio de los significados ocultos que encerraban los cinco libros sagrados podría devolverle al redil. Aunque los cuarenta años eran la edad mínima necesaria para poder ser aceptado por un profesor de cábala, el padre tenía suficientes contactos para que hicieran una excepción con su hijo, pero estaba subiendo demasiado deprisa esta escalera de esperanza. Jaím se percató de las promesas manipu-

ladoras con que intentaba seducirle. ¿No se rendía nunca este hombre? ¿No podía relatarle algo sin más, exento de esa velada motivación que le impulsaba a querer convertirle? Le ponía enfermo esa obstinada convicción que tenía de hallarse en posesión de la verdad.

No fue un asesinato. Fue un accidente, un lamentable accidente. Eso fue lo que contó también al llegar sin aliento a Safed. Nadie dudó de su palabra y, de inmediato, se organizó una expedición que fuera a recoger el cuerpo del respetado escritor de la Torá. Jaím sólo compartió el secreto con su madre, una indiscreción fatal de la que se arrepentiría siempre. Nunca más volvería a compartir su secreto con nadie. Fue un accidente. No había ninguna razón para tener que expiar durante toda la vida un desgraciado accidente, ¿no? Era un muchacho muy prometedor y este trágico accidente no debía ensombrecer su futuro.

Safed, 1570. Verano, siete años después (año 5330 del calendario judío)

2. מֵיֶת יוֹד Mem Jet Yod: **el Dios que te da esplendor**

Su nombre era Jaím Vital, hijo del famoso comentarista de la Torá Yosef Vital. Era un chico guapo de veinticinco años, con gran inquietud intelectual, que dedicaba todo su tiempo libre al estudio de la cábala. Todas las mañanas, a las tres de la madrugada, seguía junto con otros nueve hombres las clases de Cordovero, el gran maestro de la cábala. Como Jaím siempre llegaba el primero, era él quien estaba al cargo de la llave. Cuando la giraba dentro de la cerradura de la sinagoga, parecía como si fuera su corazón el que se abriera. Le gustaba quedarse un rato rezando en silencio, rodeado de la más absoluta oscuridad, y después encendía las velas y ordenaba el modesto aula donde estudiaban, que se encontraba a la derecha del vestíbulo. Era la primera vez que Cordovero permitía asistir a sus clases a un alumno tan joven como Jaím. Los nueve restantes tenían cuarenta años o más, pues ésa era la edad en que se consideraba que un hombre tenía la madurez suficiente para

comenzar el estudio de la cábala, ya que habría tenido la oportunidad de forjarse una carrera profesional, habría encontrado a una buena mujer y los hijos serían lo bastante mayores como para no reclamarle toda su atención. A los cuarenta uno disponía de tiempo y de espacio para entregarse a lo espiritual.

Jaím era el blanco de todas las envidias y chismorreos en Safed. Muchos estudiantes de cábala se creían con más derecho que él a ocupar un lugar en los pupitres de Cordovero. Algunos ancianos, que podían ser sus abuelos y llevaban décadas estudiando las Sagradas Escrituras, debían contemplar, reconcomidos, cómo este joven era considerado a todas luces más sabio que ellos.

En el estudio de la cábala estaba claro como el agua el lugar que le correspondía a cada uno. Había una jerarquía evidente dentro del grupo de los profesores en Safed y nadie discutía que Cordovero se encontraba en lo más alto de la escala. Él elegía diez estudiantes que a su vez impartían clases también. Cuanto más cercano estuviera tu profesor al círculo que rodeaba a Cordovero —o, en el mejor de los casos, si era un discípulo directo de él—, tanto mayor era la reputación de la que gozabas. Cada alumno se veía ensalzado por el prestigio de su profesor.

Jaím había ido medrando con paciencia a la sombra de profesores inferiores y poniendo sumo cuidado en la elección de todos ellos hasta conseguir que le aceptara el viejo Zimra, un alumno de Cordovero. Confiaba en seguir destacando con él, que mencionara su nombre en presencia del maestro por quien tanto se desvivía, para así poder beber directamente de esa fuente que tanto le refrescaría, pero el vanidoso trotamundos de Zimra nunca mencionó su nombre, ya que sólo hablaba de sí mismo.

Por eso, Jaím continuó haciendo todo lo posible por acercarse a Cordovero. Iba a las mismas sinagogas, compraba en las mismas tiendas y, descalzo, recorría las colinas que sabía transitadas por el propio Cordovero, también descalzo. En uno de esos paseos, se atrevió a abordar al gran profesor.

—Maestro Cordovero —fue al grano, sin rodeos—, ansío tanto llegar a conocer a Dios... Se dice que conocéis el camino que me permitiría acudir a su encuentro.

Cordovero no pudo reprimir una sonrisa al oír al desesperado muchacho que anhelaba tanto el conocimiento de Dios. Se reconoció a sí mismo en el temperamento inquieto que también a él, a los veinte años, le había llevado a iniciar el estudio de la cábala. «Parece como si me hubiera visto sumido en un sueño que me duró hasta los veinte años –se decía de vez en cuando–. Todos mis pensamientos de entonces carecían de utilidad.»

–Muchacho –le respondió–, hasta el momento en que saliste de detrás de ese árbol yo no te conocía a ti, pero tú a mí sí. A partir de ahora, estarás en mis pensamientos porque me buscaste. El que dentro de un rato me ponga a charlar con mi esposa de otras cosas durante la cena no significará que hayas dejado de existir. Así existimos nosotros también siempre en la mente de Dios.

–¿Sólo basta entonces con llamar su atención? –exclamó Jaím esperanzado.

–O viceversa –repuso Cordovero con ojos resplandecientes–, podría ser Dios quien saliera de detrás de un árbol para captar tu atención. El Creador existe en todas las cosas y todas las cosas existen en él, pero sólo cobra vida si le buscas. Es entonces cuando te das cuenta de que siempre había estado en tu interior, esperando a que quisieras verle.

El gran maestro invitó espontáneamente al muchacho a que asistiera a sus clases, avivando así la ira de Zimra.

–¡Estás cometiendo una terrible equivocación, Cordovero, ese Jaím no es digno, llegará el día en que te arrepientas de haber admitido en tu clase a ese adulator, el mismo día en que se me venerará a mí como al tan esperado Mesías! –le había vociferado Zimra con patetismo.

Desde ese instante, el autocomplaciente trotamundos rompió todas las relaciones con Cordovero y se convirtió en uno de sus más vehementes adversarios. A Jaím poco le importaba, pues el lugar que dejaba Zimra lo ocupó él, y así se transformó en el muchacho más feliz de Safed. Caminaba por la ciudad con la cabeza bien alta y las burlas le resbalaban como si fueran una leve lluvia de marzo.

Esa mañana, Jaím se sentía con más ganas de aprender que otros días. Su maestro estaba tratando uno de los principios básicos de la cábala: la superación del egoísmo.

—Está bien que el hombre desarrolle su egoísmo en la medida de lo posible, porque la naturaleza del hombre evoluciona al confrontarse con su egoísmo. Un cabalista carece de deseos... No, lo que quiero decir es que casi por definición tiene muchos deseos. De lo que se trata es de transformar la intención de esos deseos.

Cordova, que tenía fama de ser el más lúcido profesor de cábala, no conseguía expresarse con claridad. Cualquier planteamiento que intentara explicar quedaba expuesto con desmanada torpeza. El sudor le perlaba la frente cuando volvió a intentarlo.

—Pero, rabí Cordovero —le interrumpió Jaím—, un deseo seguirá siendo un deseo sin tener en consideración la intención en que se fundamenta, ¿no? Fijaos, mi propósito es llegar a convertirme en el escritor más grande de todos los tiempos. ¿Cómo podré transformar ese deseo?

Yehoshua, un platero cubierto de joyas y hermanastro de Jaím, suspiró hondo para manifestar su enojo. Odiaba que Jaím no dejara pasar ni una oportunidad para llamar la atención sobre la glosa que estaba escribiendo del Zohar, la Biblia de los cabalistas, la obra maestra de Shimon Bar-Yojai.

—Supongo que tu propósito de convertirte en el escritor más grande es egoísta —respondió Cordovero—, porque quieres ser famoso y que te admiren.

—Eso también —admitió Jaím—, pero sobre todo porque quiero llevar la cábala al mayor número de personas posible.

—¿Entonces carecería de importancia que tu nombre apareciera en el libro? —preguntó Cordovero.

El muchacho sonrió, porque le había pillado.

—Bueno, desde luego quiero que las personas sepan que lo he escrito yo.

—Y con ello sólo estarás sirviendo a un interés, el tuyo. Lo fundamental de tu deseo es escribir el libro cabalista más fabuloso, un libro que dé a conocer a la humanidad las leyes del universo. Ésa sí

es una ambición altruista, el deseo de transmitir el conocimiento que tú mismo has recibido.

—Y cuanto mayor conocimiento reciba, tantas más cosas podré transmitir —añadió Jaím—. ¿Es a lo que os referíais cuando dijisteis que el cabalista alberga semejantes deseos?

—Muy bien, Jaím. No hay nada malo en el ansia de querer recibir muchísimas cosas de la vida, pero la fuente de alegría que esto nos supone se reseca si nosotros dejamos de dar. Entonces nada de lo que recibamos llenará el vacío de nuestro corazón. El principio universal del cosmos es la entrega desinteresada sin esperar nada a cambio.

—Por tanto, no debería pedir dinero por ese libro —concluyó el muchacho.

—En el caso de que pudiera encontrarse a alguien dispuesto a pagar dinero por un libro de Jaím Vital —se interpuso Yehoshua. Resultaba difícil imaginar dos polos más opuestos que Jaím y su hermano. Yehoshua era veinte años mayor y sentía un profundo desprecio por su hermanito «ilegítimo». Las atenciones desmedidas que le dispensaba el padre eran como espinas clavadas en sus ojos.

El resto de la clase empezó a dar golpecitos de aprobación en las tazas de café con sus cucharillas. Agradecían que por fin hubiera alguien que le bajara los humos a este fantasmón. Yehoshua se marcó un redoble triunfal con las manos sobre el tablero de la mesa, pero Jaím siguió esperando inmóvil la respuesta de su maestro.

Cordero, cansado, cerró los ojos. Sus dedos jugaron con la negra barba y la respiración pesada y dificultosa reverberaba contra los muros pintados de azul claro. A través de las vidrieras empezaba a introducirse la primera luz de un sol amarillo pálido que se alzaba tras la colina.

—Junto a todo lo que creó Dios, en la Torá está escrito: «Y Dios vio que era bueno». Salvo cuando creó al hombre. ¿A qué creéis que se debe?

—Esta pregunta, naturalmente, es un juego de niños para nuestro famoso autor Jaím Vital —dijo Yehoshua, interrumpiendo el silencio expectante—. Tal vez pueda sorprendernos en la próxima clase con una conferencia sobre el tema.

—Qué casualidad. Justo ahora quería proponerlo, Yehoshua. Por supuesto, siempre que pueda contar con el consentimiento de nuestro maestro —terció Jaím, impasible ante la intentona por parte de su hermano de ridiculizarle.

—Cuentas con mi confianza, Jaím. Mi mente hoy no está muy lúcida y me siento un poco angustiado. Si Dios quiere, la próxima vez me sentaré en tu silla.

Jaím escapó del bombardeo de miradas y pensamientos celosos descargados sobre él. Esto último debía de haber sido una ironía de Cordovero, ¿no?

—Cada profesor enseña lo que él mismo tiene que aprender. Nuestras almas se encuentran aquí todas las mañanas porque este encuentro está predestinado. Ahora yo soy vuestro maestro, pero en una vida futura podría ser el alumno de Jaím. El papel que desempeñamos aquí en la Tierra no es importante, pues llegará un día, que quizá no esté tan lejano, en que mi alma abandonará este mundo.

—¿Qué queréis decir con eso? —preguntó Shlomo, uno de los alumnos más aplicados de Cordovero, que procuraba ganarse su sustento y el de su mujer pintando cuadros—. No estaréis enfermo, ¿verdad? ¿Podemos hacer algo? ¿Queréis que abra las ventanas para que entre un poco de aire fresco?

—Sólo tenéis cuarenta y ocho años. Es un poco prematuro empezar a vaticinar ahora vuestra muerte —le aduló Yehoshua.

—Justo después de mi muerte alguien ocupará mi lugar. —Cordovero ignoró los comentarios—. Muchas de sus sentencias serán opuestas a lo que habéis aprendido conmigo, pero no contradigáis a vuestro nuevo maestro. Lo que os enseñe procederá de la misma fuente en donde yo encontré el conocimiento, y esa fuente es la verdad absoluta. Su alma es una chispa del alma de Shimon Bar-Yojai. Os aleccionará el propio autor que escribió el Zohar, inspirado por la divinidad. ¡Ay, cuánto me gustaría poder estar aquí presente para verlo! Fijaos bien, quien se oponga a él se estará oponiendo a la difusión del conocimiento divino.

Todos los estudiantes pensaron lo mismo en ese instante. Estaba hablando de Jaím. Su peor pesadilla se hacía realidad. El estudiante

al que más les hubiera gustado tirar rodando por las escaleras de la sinagoga iba a convertirse en su nuevo profesor. ¡Qué prueba más inhumana!

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Yehoshua con voz conciliadora. Aunque se temía la respuesta, quería estar seguro de que sus terribles suposiciones eran correctas.

—No puedo decirlo. Él no quiere que se conozca aún su identidad.

Jaím se ruborizó, pues también pensaba que Cordovero estaba refiriéndose a él. Sintió la mirada enojada de sus compañeros de clase y un silencio misterioso le pareció la única respuesta adecuada. «Dejemos que especulen si soy yo el que quiere permanecer en el anonimato», pensó riéndose por lo bajo.

Cordovero ignoró la contienda callada que había estallado en su clase y se quedó mirando uno a uno a sus estudiantes. Todos prestaban una recelosa atención para ver si la mirada se detenía más en uno o en otro, y le respondían a su vez con la mirada más devota posible, soñando con ocupar el lugar del maestro.

—La humildad es la cualidad más importante de un hombre que ha alcanzado el conocimiento —continuó Cordovero mientras miraba fijamente a Jaím—. La manera en que nos relacionamos con los demás como personas es un reflejo de nuestro desarrollo espiritual.

Ahora miraba a Yehoshua:

—Mirad en vuestro corazón si no habéis maldecido alguna vez a alguien, si no habéis calumniado a alguna persona o deseado su mal. La sabiduría se expresa en cosas sencillas como una sonrisa sincera, un saludo cordial, un gesto de compasión con nuestros enemigos. Fijaos en el sol que sale tras las montañas, no hay ninguna razón para que lo haga cada día, es un regalo, un generoso regalo del Creador que sólo nos pide que seamos nosotros quienes también aportemos generosidad al mundo para vivir en armonía con él.

Yehoshua, huraño, inclinó la cabeza.

—Lo único que puedo decir ahora de mi sucesor es que durante mi entierro se manifestará en una nube.

Nadie comprendió lo que decía Cordovero, Jaím tampoco. Acaso fuera la nubecilla en la que salió flotando de la sinagoga, por-

que su sueño de llegar a ser el cabalista más respetado del mundo hoy parecía estar un poco más cerca.

3. ך He Yod Yod: **el Dios que conoce todos tus caminos**

Jaím arrojó el Zohar a un rincón de su cuarto y desperdigó todos los apuntes en derredor. Ese día le había comunicado a Abraham, el dueño del taller de tejidos donde teñía la lana introduciéndola en grandes baños de pintura, que no iría a trabajar porque estaba enfermo.

Safed, situada en una elevada colina al norte de Galilea, era conocida en toda la comarca por sus lujosas telas, que habían reportado gran riqueza a la pequeña ciudad. Fueron los judíos españoles quienes introdujeron en Safed el oficio artesanal de la sastrería. Muchos de ellos habían estudiado el Zohar a escondidas en España y, cuando se vieron en la disyuntiva de elegir entre convertirse al cristianismo o abandonar el país, optaron por lo último. Buscaron una nueva vida en la pequeña ciudad cercana a la tumba de Shimon Bar-Yojai, su héroe y sostén. De los diez mil judíos que en ese momento poblaban Palestina, en Safed vivían nada menos que seis mil.

Así llegó a surgir un barrio judío que no sólo floreció en el aspecto material, sino también espiritualmente. En cada esquina había escuelas donde se impartía clase de Torá o cábala.

Los judíos convivían y trabajaban en paz con los islamitas, cuyo dominio se extendía por todo el imperio otomano, lo que incluía por tanto también a Safed. El bey turco, Abu Siffin, gobernaba con mano dura pero justa a judíos y musulmanes, que se guardaban mutuo respeto en el ámbito religioso y que negociaban sin problemas entre sí. Safed era un paraíso para todos aquellos que en España habían tenido que profesar su fe en la clandestinidad.

El tinte de telas era un trabajo humilde, justo lo que se esperaba de un cabalista. Jaím trabajaba para Abraham, quien a cambio le daba dinero con el que poder pagarse el sustento. Su entrega al trabajo durante la jornada laboral era similar a la dedicación con

que se consagraba a la cábala durante sus horas libres. Si pasaba algún conocido mientras estaba secando las vedijas de lana, no le saludaba, porque consideraba un hurto cada minuto escatimado a su jefe. Jaím parecía un fanático en su afán de vivir cada instante del día en armonía con las leyes del universo.

Por tanto, éste era también el primer día que le había fallado a su jefe. Fingió que tenía un terrible dolor de cabeza, y Abraham, un hombre de negocios astuto pero honrado, no encontró ninguna razón para dudar de su dolencia y le permitió irse a casa.

El universo, a continuación, le dio a Jaím justo lo que le había pedido: el dolor de cabeza. El deseo de fama y gloria había dictado su propósito de aprovechar este día para resolver el enigma de por qué Dios no había dicho «vio que era bueno» cuando creó al hombre. Le habría gustado dejar perplejo a su maestro a la mañana siguiente con una explicación brillante, quería demostrar que sería un digno sucesor de Cordovero cuando éste ya no estuviera, pero tampoco en el Zohar encontraba respuesta alguna. Parecía como si las letras se ocultaran en sí mismas y el texto fuera adquiriendo cada vez mayor oscuridad. Un galimatías escrito por un loco.

Malhumorado, se sentó junto a la ventana y mordió una manzana con desgana. Desde su cuarto gozaba de unas espléndidas vistas de gran parte del barrio judío. Observó el ajetreo de los comerciantes en las angostas y sinuosas callejuelas desprendiéndose de sus mercancías frente a mujeres que no dejaban de gesticular, indicando que el precio era demasiado elevado. Jaím no había podido disponer nunca de mucho dinero debido a su humilde trabajo y era hábil en el arte del regateo, pero tampoco necesitaba mucho. Ese cuarto sencillo en la segunda planta era su refugio. Una cama, una sólida mesa de madera que utilizaba tanto para estudiar como para comer, sus libros y numerosos pliegos de papel con sus apuntes guardados en un arcón, ésa era toda su riqueza.

Sin proponérselo, sus pensamientos le llevaron al famoso quiromante que visitó cuando tenía catorce años. Ya por entonces estaba muy seguro de que quería ser una persona excepcional, alguien que destacara en este mundo.

El quiromante egipcio, que era conocido en toda Safed por su pericia en el vaticinio, pasó los rollizos dedos por las líneas de las manos del muchacho. Su cálido aliento rozaba las sudorosas palmas, cuyo temblor intentaba ocultar. La habitación estaba oscura y acercó su cara a la de Jaím cuando le dijo: «Las líneas de tu mano izquierda son los senderos que se dibujaron en tu nacimiento. La ruta de tu vida por las avenidas de la riqueza y la pobreza, el éxito y el fracaso. Las líneas de tu mano derecha son las veredas que tú mismo has elegido».

Comparó escrupulosamente las dos manos e incluso midió con una regla la longitud de algunas líneas. Jaím intentaba apartar los ojos de las úlceras supurantes que asomaban en esos gruesos labios y que no dejaban de fascinarle.

—Esta línea —dijo el quiromante mientras rascaba con su sucia uña la línea que empezaba entre el pulgar y el índice, y bajaba hasta la muñeca— es la de la vida, dibuja el curso de tu existencia y puedes ver que ya a muy temprana edad hay una fisura en ella. En los primeros años aparecerán ideas en tu corazón que querrán impedirte el estudio de la Torá. Dejarás de lado los libros de Moisés durante tres años.

Esa predicción se había cumplido. A los quince años se despertó en su interior una repentina rebelión contra todo lo judío. El libro de alquimia que le había dejado su amigo árabe le enardecía, describía de modo místico cómo se podía elaborar el elixir de la vida eterna, respondía con exactitud al reclamo más íntimo de su alma. Él sabía que esta existencia ocultaba secretos que sólo se revelaban a aquellos que se consagraban por completo a su resolución, y sintió un deseo intenso de convertirse en uno de los iniciados. Se lanzó al estudio del críptico lenguaje de la alquimia con una entrega absoluta. Su padre fue pasando por fases sucesivas de furia, desesperación, tristeza y decepción profunda. Su hijo, que ya desde jovencito había mostrado un talento especial para el estudio de la Torá, encaminaba ahora sus pasos hacia un laberinto pagano en el que su alma parecía perdida sin remedio.

Pero al cabo de tres años, justo como lo había vaticinado el quiromante, ocurrió ese trágico accidente. Jaím estaba convencido de

que las fuerzas que investigaba se habían vuelto contra él. Todos los experimentos fracasaban. Los símbolos alquimistas le atormentaban en sus pesadillas. Buscó consuelo en su hermano, que sí transitaba fiel el sendero de la Torá tras los pasos de su padre. Adulado por la admiración de su hermano pequeño, Yehoshua compartió los secretos cabalistas que acababa de aprender. Le presentó al profesor con quien él mismo había empezado. Con mayor fanatismo aun que cuando estudiaba la alquimia, Jaím se entregó entonces a este nuevo amor como si debiera recuperar los tres años perdidos, como si con la cábala pudiera devolverle la vida a su padre.

Pero el quiromante le había pronosticado otra cosa más escalofriante. Preocupado, había meneado la cabeza aspirando ruidosamente la flema amarilla que le iba goteando despacio de la nariz.

—¿Ves esta bifurcación en la línea? —le preguntó.

Jaím vio con claridad cómo la línea de la vida se dividía en dos.

—El punto de la línea de la vida bajo el dedo corazón corresponde a la edad de treinta y cinco años. La encrucijada en tu mano está situada alrededor de los veinticinco años, y eso es muy excepcional, porque en la mayoría de las personas esa separación se produce a los cuarenta. Quiere decir que se te revelarán dos caminos: uno que lleva al infierno y el otro al paraíso. La elección dependerá de ti. Si optas por este sendero corto del infierno, no habrá sobre la faz de la Tierra nadie peor que tú y morirás muy joven. Si eliges el sendero del paraíso, ascenderás hasta el nivel más elevado de sabiduría que un hombre pueda llegar a imaginar.

Así que ahora tenía veinticinco años y, según la predicción, tendría que volver a elegir entre dos caminos, pero no veía ninguna señal que anunciara esta encrucijada.

Su única pasión era el intento de desentrañar el Zohar. La escritura de los comentarios al libro sagrado, que lo divulgarían entre la humanidad, se había convertido ahora en su elixir de vida, así alcanzaría la inmortalidad, porque para su sorpresa había descubierto que tanto la alquimia como la cábala creían en la eternidad del género humano.

El sol ya había completado su descenso tras las colinas, Jaím recogió el libro y volvió a sentarse a la mesa.

Quería demostrarse a sí mismo su valía descifrando el maldito pasaje, ese par de versículos que le habían procurado un terrible dolor de cabeza, pero ahora se hallaba perdido en una selva de líneas impenetrables.

Su corazón seguía igual de oscuro que la noche estrellada que apenas le iluminaba, y se quedó adormilado.

Le despertó un golpe en la puerta. Era Ana, la patrona que vivía en el piso de abajo. En la primera planta había habilitado un lugar donde leía el tarot. Durante todo el día se producía allí un trasiego continuo, sobre todo de mujeres que buscaban ayuda para resolver sus problemas de amor. Ana era una persona que sabía escuchar, daba a las mujeres justo los consejos que querían oír, pero también tenía un defecto: era incapaz de guardarse los secretos que le confiaban. Si le contabas tus penas, podías estar casi seguro de que al día siguiente tu mal de amores se convertiría en la comidilla del mercado por la mañana. En una ocasión que le leyó las cartas a Jaím, le dijo riéndose:

—¿Qué tenemos aquí? Veo que vas a casarte con una tal Ana. Siendo así, podrías al menos hacerme la corte un poco más.

«Eso es lo que tú quisieras —pensó él—, pero antes preferiría morir soltero.» Aunque Ana tenía un rostro bonito y franco, su aspecto descuidado no era precisamente el que un hombre quiere para la mujer con la que poder despertar admiración entre los demás.

Ana, compasiva, miró la batalla que se había librado en el cuarto.

—Vaya, ¿otra vez escribiendo?

Jaím se encogió de hombros.

—Ha venido un hombre mayor preguntando por ti.

—¿Un hombre mayor?

—¿Habrías preferido una chica? A la mayoría de las chicas no les gustan tanto los libros, Jaím. Era un vagabundo, creo. Dijo que tenías que ir lo más rápido posible a la casa de Cordovero, tu maestro.

—¿Esta misma noche?

—¡Sí, inmediatamente!

Jaím se asustó. Nunca había estado en casa de su maestro.

–Enseguida voy.

–Yo me arreglaría antes un poco. Tienes un aspecto bastante desangelado. ¡Y eso que estamos en sabbat! –Sonriendo de oreja a oreja, con una dentadura resplandeciente que aún brillaba más gracias a la hendidura que tenía entre los incisivos, cerró la puerta.

«Y va a decirlo justo ella», pensó sonriendo.

Jaím no se había dado cuenta de que el sabbat ya había empezado con la puesta de sol. En el día de descanso semanal, todos los habitantes de Safed se vestían con sus mejores galas. Como la ciudad era un crisol de inmigrantes de todas las comarcas europeas y asiáticas, para un viajero que estuviera de paso parecería una fiesta de carnaval veneciano.

Se miró al espejo y se vio las rojas marcas de la gola en el rostro. Era cierto, así no podía mostrarse en público, pues era un muchacho ufano y gracias a su trabajo en el taller textil podía encargarse que le hicieran ropa a medida con las telas más delicadas y a precio de coste. Se desnudó rápido y lavó su bello rostro masculino con una jarra de agua fría, se compuso la abundante mata de rizos castaños, se pasó el peine por la barba de color marrón rojizo y deslizó la camisa recién almidonada, con el cuello acanalado, por su bien construido torso. Se puso el pantalón azul cobalto de media pierna sobre las jarreteras de seda. Satisfecho, se miró mientras se calaba el sombrero de ala estrecha de damasco. Taconeando con los resplandecientes zapatos negros, anudados con cintas, descendió bailando por las escaleras.

4. הַרְשֵׁי He Resh Yod: **el Dios que mira más allá de la colina**

Deborah, la mujer gibosa de su maestro, tenía enrojecido el contorno de los ojos cuando le abrió la puerta.

–¡Qué rápido has venido, Jaím! ¿Cómo te has enterado?

–Ana me dio el recado.

–¡Ah, sí, claro, Ana...! Tendrás que esperar todavía un poco. Lo comprendes, ¿verdad?

–Naturalmente.